

ciendo Sindulfo. Y se fueron. A pocas leguas de la ciudad, donde la madre había dejado unas poquitas tierras que llevaba en renta un criado antiguo, Sindulfo iba á pescar, y á corregir las condiciones del arrendamiento.

Al *Quin*, á la vista de los prados y los bosques y las granjas sembradas por la ladera, le corrió un frío nervioso por el espinazo. Se acordó de su antiguo pensamiento: «Yo sólo podría amar en la aldea.»

«¡Si todavía podré ser yo feliz con algo más que paz y resignación dulce!» Sentir esta esperanza le pareció una soberbia. Además, era una infidelidad. ¿No se había casi prometido él, en secreto, no querer más que á su amo, al amo *definitivo*?

Pero tenía disculpa su vanidad de soñar con poder ser feliz voluptuosamente, en las nuevas intensas emociones que le causaba el ambiente campesino, la soledad augusta del valle memoroso.

Con delicia de artista contemplaba ahora el *Quin* los pasos de su vida: de la corte á la ciudad *provinciana*, de la ciudad á la aldea.... Y cada paso en el retiro le parecía un paso *más cerca* de su alma. Cuanta más soledad, más conciencia de sí.

Cuando llegó la noche, los *caseros* le dejaron en la *quintana*, en la calle, delante de la casa. ¡Oh memorables horas! Las aves del corral yacían re-

cogidas en el gallinero, y allá lejos se oían sus misteriosos murmullos del sueño perezoso. El ganado de cerda, en cubil de piedra, dormitaba soñando, con gruñidos voluptuosos; el aire movía suavemente, con plática de cita amorosa, las bíblicas y orientales hojas de la higuera; la luna corría entre nubes, y en toda la extensión del valle, hasta la colina de enfrente, resonaban como acompañamiento de la luz de plata, que cantaba la canción de la eterna poesía del milagro de la creación enigmática, resonaban los ladridos de los perros, esparcidos por las alquerías. Ladraban á la luna, como sacerdotes de un miedoso culto primitivo, ó como poetas inconscientes, exasperados y tenaces en su ilusión mística.

El *Quin* se sintió unido, con nuevos lazos, de iniciación pagana, á la madre naturaleza, al culto de Cibele... y á las pasiones de su raza... De los castaños de Indias se desprendía un perfume de simiente prolífica; amor le pareció un rito de una fe universal, común á todo lo vivo. De la próxima calleja, sumida en la obscuridad de los árboles que hacían bóveda, esperaba el *Quin* que surgiera la clave del enigma amoroso.

El alma toda, con las voces de la noche de estío, le gritaba que por aquella obscuridad iba á presentarse el misterio; por allí debía de aparecer... *la perra*.

Sintió ruido hacia la calleja... surgieron dos

bultos..... Eran dos mastines. Dos mastines que le comían al *Quin* las sopas en la cabeza.

El *Quin* ignoraba las costumbres de la aldea. No sabía que allí, los perros como los hombres, iban á *rondar*, á *cortejar* á las hembras.

Aquellos mastines eran dos valientes de la parroquia que habían olido perro nuevo en *ca el Cutu*, y venían á ver si era perra.

Olieron al *Quin* con cierta grosería aldeana, y, desengañados, con medianos modos le invitaron á seguirles. Iban á pelar la pava, ó, como por aquella tierra se dice, á *mozas*, es decir, á *perras*.

¡Oh desencanto! La perra, en el campo, como en la corte, como en la ciudad, vivía en la poligamia.

El *Quin*, sin embargo, no resistió á la tentación; y más por la ira del desengaño, que por la seducción de la noche de efluvios lascivos, siguió á los mastines; como tantos poetas de alma virginal, tras la muerte helada del primer amor puro, se arrojan á morder furiosos la carne de la orgía.

El *Quin-Rollá* pasó aquella noche al sereno.

\* \* \*

Seguió á los mastines por la calleja oscura, sin saber á punto fijo adónde le llevaban, aturdido, lleno de remordimientos y repugnancia antes del pecado. Le zumbaban los oídos. Pero iba. Era la

inercia del mal, de la herencia de mil generaciones de perros lascivos.

Desembocaron en los prados anchos, iluminados por la luna, cubiertos por una neblina, recuerdo del diluvio según Chateaubriand, la cual, como una laguna de plata, inundaba el valle. Era sábado. Los mozos de todas la parroquias del valle *cortejaban* en las misteriosas obscuridades poéticas de las dos colinas que al Norte y al Sur limitaban el horizonte, junto á las alquerías escondidas en la espesura de castaños y robledales.

El *ixuxú* prehistórico del aldeano celta resonaba en las entrañas de las laderas y bajo las bóvedas de los bosques, mezclándose con el canto del grillo, la wagneriana exclamación estridente de la cigarra y el ladrido de los perros lejanos.

Jamás es la prosa del vicio grosero tan aborrecible como cuando tiene por escenario la poesía de la naturaleza.

En aquel valle, de silencio solemne, que hacían resaltar los lamentos de los animales en vela, aquellos gritos como perdidos en la inmensa soledad callada de la tierra y el aire; en aquella extensión alumbrada con luz elegiaca por la eterna romántica del cielo, ¡cuánto hubiera deseado el *Quin* alguna pasión casta, un amor puro!... Pronto se enteró de lo que ocurría. Se trataba de una *perra nueva* que había llegado á una de aquellas parroquias rurales por aquellos días. La escasez de pe-

rras en la aldea es uno de los males que más afligen á la raza canina del campo; por una selección interesada, en las alquerías se proscribe el sexo débil para la guarda de los ganados y de las casas; y al perro más valiente le cuesta una guerra de Troya el más pequeño favor amoroso, por la competencia segura de cien rivales.

Pero aquellos mastines hicieron comprender al *Quin* aquella noche, con datos de observación, que menos racionalmente obraban los hombres. Al fin, los perros se atacaban, se mordían para conquistar una hembra, ó por lo menos alcanzar la prioridad de sus favores; pero los *mozos* de la aldea, que gritaban *pixuxúl* y, como los perros, atravesaban los prados á la luz de la luna, y se escondían en las cañadas sombrías, y daban asaltos á los hórreos y *paneras* en mitad de la noche, ¿por qué se molían á palos y se daban de puñaladas con navajas barberas y disparaban *ad vultum tuum* cachorrillos y revólveres? Por el amor de la guerra; porque, pacíficamente, hubieran podido repartirse las zagalas casaderas, que abundaban más que los zagales y no eran tan recatadas que nó echaran la *persona* (galanteo redicho, concepto, á lo galán de Moreto), con diez ó doce en una sola noche, á la puerta de casa, á la luz de las estrellas, como Margarita la de *Fausto*, menos poéticas, pero más provistas de armas defensivas de la virginidad putativa, gracias á los buenos puños.

Si; los hombres, como los perros, hacían del valle poético, en la noche del sábado, campo de batalla, disputándose en la soledad la presa del amor. La diferencia estaba en que las aventuras perrunas llegaban siempre al matrimonio consumado, aunque deleznable y en una repugnante poligamia, mientras los deslices graves eran menos frecuentes entre mozos y mozas.

\*  
\*  
\*

Al amanecer, jadeante, despeado, con una cuarta de lengua fuera, la lana mancillada por el lodo de cien charcos, el *Quin* llegó á la puerta de la granja en que descansaba su amo, arrepentido de delitos que no había cometido, con la repugnancia y el dejo amargo de placeres furtivos que no había gustado. Traía la vergüenza de la bacanal y la orgía, sin la delicia material de sus voluptuosidades. La perra dichosa, tan disputada por ochenta mastines aquella noche, había repartido sus favores á diestro y siniestro; pero la timidez, la frialdad del *Quin*, no habían sido elementos á propósito para fijar un momento la atención de aquella Mesalina de caza; porque era de caza.

En fin, nuestro héroe volvió á la puerta de su amo sin haber conocido perra aquella noche, y en cambio humillado por las patadas y someros mordiscos de otros perros, que le habían creído rival y le habían maltratado.

Pero faltaba lo peor. Sindulfo, el dueño, más querido que todas las perras del mundo, había desaparecido. Se había ido de pesca antes de amanecer. El *Quin* no sabía adónde. Esperó todo el día á la puerta de la granja, y el amo no pareció. Ni de noche vino. Al día siguiente supo el *Quin* que un recado urgente de la ciudad le había hecho abandonar su proyectada estancia en el campo y volverse al almacén, donde era indispensable su presencia. Más supo el perro: el casero de Sindulfo, el aldeano que llevaba en arriendo sus cuatro terrones, se había enamorado del buen carácter del animal, y había suplicado á Sindulfo que se lo dejara en la granja, ya que él no tenía perro por entonces. Y el *Quin*, en calidad de comodato, estaba en poder de aquellos campesinos.

Toda la extensión del ancho valle le pareció un calabozo, una insoportable esclavitud.

El era humilde, obediente, resignado; pero aquella ingratitud del amo no podía sufrirla. ¡Cómo! ¡El destino enemigo le castigaba tan rudamente al primer desliz? ¡Sólo por una tentativa, casi involuntaria, de crápula pasajera, le caía encima el tremendo azote de quedarse sin el amparo del único real cariño que tenía en el mundo! No pensaba el *Quin* que esta forma toman los más exquisitos favores de la gracia; que los deslices de los llamados á no tenerlos tienen pronta y aguda pena, para que el justo no se habitúe al extravío.

Tomó vientos, y con la nariz abierta al fresco Nordeste, como hubiera hecho Ariadna, á ser poderoso, el *Quin*, huyendo de la alquería á buen trote, buscó el camino de la ciudad y llegó á su casa de las afueras en pocas horas.

No le recibió de buen talante Sindulfo, aunque orgulloso del apego del perro á su persona y de la hazaña del viaje; pero el *Quin* tuvo que volver á la aldea, porque la palabra es palabra, y el préstamo del perro había de cumplirse. No se rebeló el humilde animal. Ante un mandato directo y terminante, ya no se atrevió á invocar los fueros de su libertad.

El cariño le ataba á la obediencia. Aquel amo lo había escogido él entre todos. Era el amo absoluto. Lloró á su modo la ingratitud, y la pagó con la lealtad, viviendo entre aquellos groseros campesinos, que le trataban como á un villano mastín de los que daba la tierra.

Al principio la vida de la aldea, con su prosa vil de corral, le repugnaba; pero poco á poco empezó á sentir, como nueva cadena, la fuerza de la costumbre. Empezó á despreciarse á sí mismo al verse sumirse, sin gran repugnancia ya, en aquella existencia de vegetal semoviente.

Y ¡horror de los horrores! empezó á perder la memoria de la vida pasada, y con ella su ideal: el cariño al amo. No fué que dejara de quererle, dejó de acordarse de él, de verle, de sentir lo que

le quería; velo sobre velo, en su cerebro fueron cayendo cendales de olvido; pero olvidaba... las imágenes, las ideas; desapareció la figura de Sindulfo, en concepto de *amo*, el de *ciudad*, el de *aquellos tiempos*. Perro al fin, el *Quin* no era ajeno a nada de lo canino, y su cerebro no tenía fuerza para mantener en actualidad constante las imágenes y las ideas. Pero le quedó el dolor de su desencanto; de lo que había perdido. Siguió padeciendo sin saber por qué. Le faltaba algo, y no sabía que era su amo; sentía una decepción inmensa, radical, que entristecía el mundo, y no sabía que era la de una ingratitud.

¡Quién sabe si muchas tristezas humanas, que no se explican, tendrán causas análogas! ¡Quién sabe si los poetas irremediamente tristes, serán ángeles desterrados... del cielo... y sin memoria!

El *Quin* se amodorraba; como no tenía el recurso de hacerse simbolista, ni de crear un sistema filosófico, ni una religión, se dejaba caer en la sensualidad desabrida como en un pozo; escogía la forma más pasiva de la sensualidad, el sueño; siempre que le dejaban, estaba tendido, con la cabeza entre las patas. Y con la paciencia de Job, un Job sin teja, miraba las moscas y los gusanos que se emboscaban en sus lanas, sucias, largas, desaliñadas, lamentables.

Y así pasó mucho tiempo. Era el perro más so-so del valle. No vivía para afuera ni para adentro;

ni para el mundo ni para sí. No hacía más que dormir y sentir un dolor raro.

\*  
\* \*

Una tarde, dormitaba el perro de lanas sobre la *saltadera* del muro que separaba la *corrada* de la *Rosa*, por entre cuya verdura de maíz iba el sendero, que llevaba a la carretera, haciendo esos. Por allí se iba a la ciudad, y el *Quin* despertó mirando con ojos entreabiertos la estrecha cinta de la trocha, según instintiva costumbre, *sin* acordarse ya de que por allí había marchado el ingrato amigo.

De repente, sintió... un olor que le puso las orejas tiesas, le hizo erguir la cabeza, gruñir y después lanzar dos ó tres ladridos secos, estridentes, nerviosos. Se puso en pie. Oyó un rumor entre el maíz. ¡Aquel olor! Oía a una resurrección, a un ideal que despertaba, a un amor que salía del olvido como un desenterrado... Al olor siguió una voz... El *Quin* dió un salto... y en aquel instante, allá abajo, a los pocos metros, apareció Sindulfo, con su pantalón canela todavía.

De un brinco el *Quin* se arrojó de la pared sobre su amo; y en dos pies, con la lengua flotando al aire como una bandera, se puso a dar saltos como un clown para llegar a las barbas ralas del dueño, que reaparecía brotando entre las tinieblas del olvido de latente dolor nostálgico.

¡Todo lo comprendía el *Quin*! ¡Aquello era lo que le dolía á él sordamente! ¡Aquella ausencia, aquella ingratitud, que ya estaba perdonando, en cuanto se hizo cargo de ella! ¡Perdonaba, ya lo creo! ¿Cómo no, si el ingrato estaba otra vez allí?

Saltaba el *Quin*, aullando tembloroso de delicia suprema... Saltaba... y en uno de estos saltos, en el aire, sintió que, como con una sierra de agudísimos dientes, le cogían por mitad del cuerpo y le arrojaban en tierra. Mientras el lomo le dolía con ardor infernal, sintió que le oprimían el pecho y el vientre con dos patazas de fiera, y vió, espantado, sobre sus ojos la faz terrible de un enorme perro danés, gigante, que le enseñaba las fauces ensangrentadas, amenazando tragarle...

Acudió Sindulfo y libró á su pobre *Quin* de las garras de la muerte.

—¡Fuera, *Tigre*! ¡Malvado! ¿Habrás visto? ¡Son celos, ja, ja; son celos!

Cuando el *Quin* volvió de su terror y aturdimiento, se enteró de lo que pasaba. Ello era que con Sindulfo venía su nuevo amigo fiel, el *Tigre*, un perro danés de pura raza, fiera hermosa y terrible.

No consentía rivales ni enemigos de su amo, y al ver los extremos de aquel perruco de lanas, se había lanzado á defender á su dueño ó á librarle de caricias que á él, al *Tigre*, le ofendían.

Si; tal era la triste verdad. El *Quin* había he-

cho nacer en Sindulfo el amor genérico á la raza canina; el individuo ya le era indiferente; no podía vivir sin perro, y ahora tenía otro, al cual le unían lazos firmes y estrechos. ¡Cosa más natural!

Sindulfo acarició al *Quin*, le cató las heridas, que eran crueles; pero en el fondo estaba orgulloso y satisfecho de la hazaña del *Tigre*. ¡Qué celo el de su danés!

Aquella noche la pasó el *Quin* desesperado de dolor; con ascuas de fuego material en las heridas de sus lomos, y fuego de un infierno moral en las entrañas de perro sensible.

¡Para esto volvía el recuerdo, para esto renacía la clara conciencia de la amistad perdida! No pudo resistir su pasión.

Se pasó la horrible noche rascando la puerta del cuarto de Sindulfo; y por la mañana, cuando la abrieron, saltó dentro de la alcoba con ímpetu loco, y sin reparar en el lodo y la sangre de sus lanas miserables, se lanzó sobre el lecho en que aún descansaba el amo ingrato, saltando por encima del *Tigre*, que en vano quiso coger por el aire al intruso.

El *Quin*, tembloroso, casi arrepentido de su hazaña, se refugió en el regazo de su dueño, dispuesto á morir entre los dientes del rival odiado, pero á morir al calor de aquel pecho querido.

No hubo muertes; Sindulfo evitó nuevos atropellos; pero aquella tarde dejó la aldea, se volvió

á la ciudad con el *Tigre*, y se despidió del *Quin* con tres palmadas y prohibiéndole que le acompañara más allá de la *saltadera* de la *corrada*.

Y el *Quin*, herido, maltrecho, humillado, los vió partir, al amo y al perro favorito, por el sendero abajo, camino de la carretera, de la ciudad, del olvido...

Era la hora del *Angelus*; en una capilla que había al lado de la granja se juntaba la gente de la aldea á rezar el rosario. Iban los campesinos entrando en el templo, sin fijarse en el *Quin* y menos en sus penas.

El perro de lanas, cuando perdió de vista al ingrato, dejó su atalaya, anduvo un rato aturdido, y al oír el rumor de la oración en la capilla, atravesó el umbral y se metió en el sagrado asilo. No entendía aquello; pero le olía á consuelo, á último refugio de espíritus buenos, doloridos... Mas cuando sentía estas vaguedades, sintió también una grandísima patada que uno de los fieles le aplicaba al cuarto trasero para arrojarlo del recinto.

«Es verdad,» pensó; saliendo de prisa sin protestar.

«¿Qué hago yo ahí? *Lo que los perros en misa*. Yo no tengo un alma inmortal. Yo no tengo nada.» Y volvió á su atalaya, en adelante inútil, de la *saltadera*, sobre el muro que dominaba el sendero, el sendero de la eterna ausencia.

No pudiendo con el peso de sus dolores, se dejó

caer, más muerto que echado... Oscurecía; el cielo plomizo parecía desgajarse sobre la tierra. Metió la cabeza entre las patas y cerró los ojos... Para él no había religión, para él no había habido amor; había despreciado la vanidad, la ostentación; se había refugiado en el afecto tibio, sublime en su opaca luz, de la amistad fiel... y la amistad le vendía, le ultrajaba, le despreciaba...

Y para colmo de injurias, volvería la condición de su cerebro, de su alma *perruna*, á traerle el olvido rápido del ideal perdido... y le quedaría el dolor sordo, intenso, sin conciencia de su causa...

¡Pobre *Quin*! Como era un perro, no podía consolarse pensando que, con eso y con todo, á pesar de tanta desgracia, de tanta miseria, sólo por haber sido humilde, leal, sincero, era más feliz que muchos *reyes* de los que más ruido han hecho en la tierra.